

LA VICTORIA

Semanario de Béjar

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

REDACCIÓN: Sánchez Ocaña, número 2.
ADMINISTRACIÓN: ídem, ídem.
La correspondencia administrativa á la Administración, la demás á la redacción.

ADVERTENCIA.

No se devuelven los originales después de su publicación.
Se dará noticia, si lo merecen, de las obras que se nos remitan.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

EN TODA ESPAÑA, un mes. 0'50 pesetas
En íd. íd. trimestre. 1'50 »
En íd. íd. un año. 6'00 »
Pagando un año anticipado. 5'00 »
Anuncios y comunicados á precios convencionales

CUESTIÓN DE SOPAS

Le *Petit Journal* publica curiosos pormenores acerca de la organización de los servicios médicos en los hospitales de París.

A son de bombo y platillos y cacareándola como la institución más benéfica de la república, encomió la prensa judaicomasonica de Francia el reparto de las sopas á los pobres en los hospitales indicados.

«La sopa, que los frailes daban, decía esa misma prensa, era *sopa boba* que degradaba y embrutecía.»

Y agregaba esa prensa, llena de entusiasmo: «Esta, la sopa de yerbas laicas, enaltece, dignifica, ensalza, engrandece y sublima!»

Pero se callaba que no era sopa, sino una camama, un pequeño timo, un diminuto y «republicano» Panamá ó una *petite* parodia del *affaire* Humbert.

La *sopa boba* se daba en nombre de Dios, la laica en nombre de la república.

Sopa era la una: veámos en qué consiste la otra.

Una de las instituciones más benéficas (!) de la república es el reparto de la sopa á los pobres que, sin distinción de matices, acuden á solicitarla.

Ahora bien; todas las mañanas sigue la costumbre de la distribución de sopa caliente en los hospitales de París; pero ¿á quién se distribuye?: á casi nadie.

La marmita está allí y el distribuidor también, pronto á llenar el plato que le presenten; y acaece que en un hospital, en que hay docientas y más raciones diarias de sopa preparadas, no se presenta un alma viviente á solicitarla.

¿Por qué tal anomalía?

Porque la asistencia pública se las arregla de modo que la distribución no pueda tener efecto, lo cual se consigue fácilmente haciéndola á las cinco de la mañana, hora poco cómoda aún para los pobres más hambrientos.»

De lo que resulta que la república da sopa y no da sopa, ó, para hablar mejor, hace como que da sopa, y en realidad no da nada.

Y así, entre la sopa «católica» y la sopa «republicana», hay esta diferencia: que la primera es sopa real y efectiva, que calienta, alimenta, abriga y consuela, mientras que la segunda es *sopa poética*, quiero decir imaginaria, como otros alimentos de aquellos hospitales.

Pero me equivoco, y debo rectificar esta mi última frase.

Es principio universalmente admitido por los sabios modernos que en la naturaleza material nada se pierde, nada se aniquila ó destruye.

Á este principio científico podemos añadir otro, que tal vez no sea tan científico como el primero, pero que es no menos práctico y evidente, á saber: que en el campo pseudo-democrático parisién nada queda sin comer y hay estómagos que tienen la extraña virtud de convertir los alimentos poéticos é imaginarios *per accidens* en sustancia real y asimilable *per se*.

La demostración de esta verdad, que tiene algo de paradójica á primera vista, nos la da el mismo diario francés á que venimos hacien-

do referencia, y el cual, á juzgar por las señas no tiene pelo de tonto.

Hé aquí sus palabras:

«En cuanto al caldo de los hospitales, éste suele prepararse en ollas descomunales, que suelen vaciarse por «la ebullición» y se llenan de nuevo de agua fría, que se quiere sustituya al líquido «evaporado».

La vaca, galliná y hasta legumbres, que figuraban en los presupuestos municipales con destino á tales caldos, van á parar á la mesa del inspector ó del comisario del establecimiento, en vez de llegar á los pobres enfermos, los cuales reciben un caldo de grasa y sebo de caballo, no muy apetitoso, que digamos.»

Tenemos, pues, que, si los funcionarios republicanos se comen las gallinas destinadas á los enfermos y los encargados de las sopas las reparten á horas en que nada tienen que repartir, esos *beneditos* empleados y satélites de monsieur Combes se comen, en definitiva, todo, y vienen á resultar unos verdaderos y auténticos Juanes Palomos.

Y ahora preguntaría yo á los pobres de París:

Qué tal, amigos míos: ¿es lo mismo la benedictina que os venga la limosna de manos del fraile ó la religiosa, que de las de un empleado de levita y guante blanco? ¿Es ó no de alguna utilidad práctica la presencia del crucifijo en la sala del hospital? Entre la *sopa boba*, dada en nombre de Dios, y la *sopa lista*, dada en nombre de la república enemiga de las órdenes religiosas, ¿cuál preferís?: ¿con cuál salís mejor?.....

H.

UNA CARTA

Juanito tenía seis años; un patalón agujereado en ambas rodillas; cabellos rubios, formando espesas y ricas guedejas; ojos grandes y azules, que á veces trataban de sonreír, aunque ya habían llorado mucho; una chaquetita corta, pero cayéndose á jirones; una botina de niña en el pie derecho, un zapato de colegial en el izquierdo, ambos demasiado largos, y ¡ay! bastante rotos, altos de empeine y faltos de talón.

Tenía frío y hambre: era una tarde de invierno y se hallaba en ayunas desde la víspera á mediodía, cuando le acudió el pensamiento de escribir una carta á la Santísima Virgen.

Fáltame ahora decirnos cómo Juanito, que nunca había borroneado un palote y que leía tan mal como escribía, pudo, sin embargo, salirse con la suya.

Allá en el barrio de Gros Callon (París), en la esquina de la Avenida y no lejos de la Explanada, había un casucho de memorialista. Era éste un veterano de muy mal humor, ¡ah!, ¡no!, nada rico, y que no tenía la dicha de estar bastante estropeado para obtener su admisión en el cuartel de Invalidos. Y pare usted de contar.

Juanito le vió, al través de los cristales de su barraca, fumando en la pipa, mientras esperaba la llegada de un parroquiano; entró, pues, y dijo:

—Buenas tardes, caballero: vengo para que me escriba usted una carta.

—Te costará cincuenta céntimos, contestó el tío Bouin.

Pues aquel valiente, que era quizá la cienmilésima parte de un mariscal de Francia, se llamaba el tío Bouin.

Juanito no se quitó la gorra, porque no la llevaba, pero sí dijo atentamente:

—En este caso me dispensará usted.

Y abrió la puerta para retirarse; pero le hizo tanta gracia al tío Bouin, que le preguntó:

—¿Eres hijo de militar?, chicuelo.

—No, contestó Juanito; soy hijo de mamá.

—¡Bravo!, dijo el veterano. ¿Y no tienes cincuenta céntimos?

—¡Oh, ni uno!

—¿Y tu madre tampoco? Pero, ya caigo. Lo que tú quieres es una carta para pedir de comer. ¿No es verdad?

—¡Caball, contestó Juanito.

—Pues entonces acércate. Por diez renglones y medio pliego de papel, no he de ser ni más rico ni más pobre.

Juanito obedeció.

El tío Bouin arregló el papel, mojó la pluma en el tintero y trazó, con una hermosa letra de furriel, lo que sigue:

«París 17 de Enero de 18....»

Y, luego, debajo y aparte, «Señor...»

—¿Cómo se llama? chico.

—¿Quién? preguntó Juanito.

—¿Cómo quién? ¡El caballero, pardiez!

—¿Qué caballero?

—El sujeto de la carta.

Juanito comprendió ya esta vez, y respondió:

—No es caballero.

—¡Ah! Bueno: será una señora.

—¿Señor... no... quiero decir...

—¿Cómo, pillete!, exclamó el tío Bouin. ¿No sabes siquiera á quién vas á escribir?

—¡Oh!, eso sí, dijo el niño.

—Dilo, pues, y despacha.

Juanito estaba sonrojado; el caso es que no es cómodo dirigirse á los memorialistas para semejante correspondencia; pero hizo de tripas corazón y dijo:

—A la Santísima Virgen es á quien deseo dirigir una carta.

El tío Bouin no se rió; soltó la pluma y se quitó la pipa de la boca.

—Rapazuelo, dijo en tono severo; doy por supuesto que no es tu intento burlarte de un veterano. ¡Media vuelta á la izquierda y sal fuera, á ver si estoy!

Juanito obedeció y enseñó los talones; quiero decir los de sus pies, puesto que sus zapatos no los tenían.

Pero, al verlo tan manso; el tío Bouin cambió de parecer por segunda vez.

—¡Voto al chapiro!, exclamó. ¡Todavía hay miseria en París! Y ¿cómo te llamas?

—Juanito.

—¿Juanito qué?

—Juanito y nada más.

El tío Bouin sintió humedecerse los ojos, pero se encogió de hombros.

—Y ¿qué quieres decirle á la Santísima Virgen?

—Quiero decirle que mamá está durmiendo desde ayer tarde á las cuatro, y que la despierte por un efecto de su bondad; yo no puedo.

El pecho del veterano se oprimió, pues temía comprender; hizo, sin embargo, esta otra pregunta:

—¿A qué hablabas de comer hace poco?

—¡Ah!, respondió el niño, era porque lo necesitaba. Antes de dormirme me había dado mamá el último pedazo de pan.

—Y ella ¿qué había comido?

—Hacia dos días que me decía: «no tengo hambre.»

—¿Y qué hiciste para despertarla?

—Lo que siempre: la besé.

—¿Y respiraba?

—No sé, contestó el niño; por ventura ¿no se respira siempre?

El tío Bouin, volvió la cabeza, porque gruesas lágrimas surcaban sus mejillas; no replicó á la pregunta del niño, pero con voz algo temblorosa dijo:

—Y cuando la besaste ¿no notaste nada?

—Sí, señor... estaba fría... ¡Hace tanto frío en casa!

—Y tiritaba ¿no es verdad?

—¡Oh, no!. ¡Estaba hermosa, hermosa!. Sus dos

manos, que no se movían, estaban cruzadas sobre el pecho y tan blancas... Por la abertura de sus ojos cerrados parecía estar mirando al cielo.

El tío Bouin pensaba para sus adentros:
—Yo he tenido envidia á los ricos; yo que cómo bien, que bebo bien... y ¡hé aquí uno que se muere de hambre!... de ¡hambre!

Tomó al niño, lo sentó en sus piernas, y le dijo con mucha dulzura:

—Chiquito, tu carta ha sido escrita, y enviada, y recibida. Llévame á casa de tu madre.

—Con mucho gusto; pero ¿por qué llora usted? preguntó el niño azorado.

—No lloro, contestó el viejo soldado, que lo abrazaba hasta el punto de ahogarlo inundado en llanto. ¿Acaso lloran los hombres? Tú eres el que vas á llorar, Juanito, pobre niño... ¿Sabes que te quiero como á un hijo?... Yo también tuve una madre, mucho tiempo há por cierto, y hé aquí que vuelvo á verla, acostada en su cama, donde me dijo al partir: «Bouin sé buen cristiano».

El veterano se levantó, teniendo siempre al niño en sus brazos, y lo estrechó contra su pecho diciendo, cual si hubiera hablado con alguna persona á quien nadie veía:

«Vamos, anciana madre, puedes estar contenta. Los amigos se burlarán de mí si así les place. Adonde tú estás quiero yo ir y te llevaré al chicuelo, pobre angelito, que no me abandonará; porque la carta, que ni siquiera fué escrita, ha matado de un tiro dos pájaros; á él le ha dado un padre, á mí un corazón».

Y nada más; la buena mujer fué enterrada de limosna.

¿Quién era? Lo ignoro. ¿Cuáles habían sido los sufrimientos de su vida? Tampoco lo sé.

Pero existe hoy en Paris un hombre, joven aún, que es memorialista, y que, en un tenducho como el tío Bouin, redacta cosas elocuentes, y todos sabéis su nombre.

Llámase Juanito, mondo y lirondo, como en otro tiempo.

El tío Bouin es un anciano feliz, un buen cristiano: goza con la gloria del «chico», como sigue llamando á veces á su ilustre hijo adoptivo; él es quien me ha relatado esta historia.

No sé cuál es el cartero que lleva estas cartas; pero ello es que llegan á su destino en el Cielo.

PABLO FEVAL.

EN SERIO Y EN BROMA

Por fin, como diría la *Corres....* se avinieron los exministros fusionistas, cuyas diferencias, después del fallecimiento de su jefe, el señor Sagasta, á quien Dios haya perdonado, hacían recordar las que surgieron entre los generales de Alejandro, á la muerte de éste, que dicen dijo que sus funerales serían sangrientos.

D. Práxedes, á quien no se apellidará, como á Alejandro, «el grande», aunque fuera Gran Oriente..., no sabemos que anunciara que habían de ser sangrientas sus exequias, pero seguramente que supondría que, en cuanto él «faltase», habría camorra.

Como la ha habido, pero sin llegar la sangre al río.

Los exministros mencionados, tenían «hambre de actas», como ha dicho un periódico, y, para satisfacerla, han entonado la conocida cantata:

Dejad—ó dejemos—historias de ayer,
Y recuerdos importunos;
Aquí todos *semos* unos,
Tratándose de comer.

Ahora, pues, se «comerán», en relativa paz, los distritos, que puedan.

Y, después, allá veredes, que dijo Agrajes.

Aunque á nosotros nos parece que veremos, si vivimos y no cegamos, á Moret presidente del Consejo de ministros.

* *

¡Oído al parche!, caballeros:
«LA REACCIÓN CLERICAL AVANZA»

Así se lee en letras gordas en un prospecto, que se ha repartido en Utrera y que firma nada menos que el *pastor* protestante de aquella ciudad.

El cual *pastor*, irguiéndose y empuñando la porra, exclama:

«UTRERANOS: *La reacción clerical avanza y quiere arrollarlo todo, si cuantos nos llamamos liberales no les ponemos un dique.*»

¿A quién, hombre de Lutero, ó de Calvino, ó del demonio?—pregunta un colega—porque

reacción es singular y *les* dativo del pronombre personal en número plural.

Pero no es extraño que un *pastor* protestante no sepa escribir en castellano.

Si bien hay que concederle que conoce el paño liberal, porque dice terminantemente: «*si cuantos NOS LLAMAMOS LIBERALES*».

Tal vez no agrade á algunos de éstos el ir en compañía de los protestantes.

Sin embargo, lógicamente, no pueden negar el parentesco.

El protestantismo fué el padre del liberalismo, como éste lo es del socialismo y del anarquismo.

Miren los liberales y mediten en lo *honrosas* que son esas ascendencia y descendencia.

* *

¿No saben ustedes que los amigos—no nuestros, sino *suyos*—Rodrigo Soriano y Blasco Ibáñez andan á la greña en la ciudad del Turia?

—¡Y tan amigos, y tan librepensadores, y tan revolucionarios!...

—Si, señores. Verán ustedes cómo lo cuenta una revista:

Rodrigo y Blasco—dice—eran dos diputados trashumantes que iban á París y á Bélgica á armar escándalos, y á Ginebra á representar á los librepensadores españoles, y luego recorrían los pueblos y pronunciaban discursos en los corrales democráticos, ó en los teatros, ó en las plazas, ó en donde podían.

Y siempre tan amigos, tan cariñosos, como dos gemelos, como Castor y Polux, como dos siameses, como el Baltasar y el Rafael de la zarzuela que corrían el mundo cantando:

¡Amigo soy de Baltasar!

¡Amigo soy de Rafael!

Y cuando á Baltasar, digo, á Blasco Ibáñez, le atacaban en el Congreso, allí estaba Rodrigo con su vocecita de chicharra joven para defenderlo; y cuando lo desafiaban, allí estaba también Rodrigo para servirle de padrino.

No podía hacer más un padre por un hijo. Hasta que se han cansado el hijo y el padre y han dado el trueno, y á Rodrigo parece *Pueblo* sino de Valencia y del partido; de modo que Rodrigo se queda, por ahora, como el gallo de Morón: sin acta, sin periódico y hasta sin cresta.

Es la *jettatura* del nombre: los Rodrigos suelen ser casi siempre muy desgraciados.

Pero consuélase Rodrigo, y piense que otros Rodrigos han caído de más alto que él.

Hubo un Rodrigo que fué ministro... y lo ahorcaron.

Y otro Rodrigo fué rey, y cayó en el Guadalete.

¡Qué le vanios á hacer, Rodrigo, que le vamos á hacer!

Fastidiarse y llamar á Cachano con dos tejas, y no fiarse, por si acaso, de librepensadores.

TERMO CAUTERIO.

UN ABOGADO

Un rico opulento se presentó cierto día al célebre abogado Mr. Paillet para suplicarle que le defendiese un pleito.

—Tened la bondad de dejarme vuestro expediente, y dentro de ocho días podré daros respuesta; le contestó M. Paillet.

Pasados los ocho días, el litigante volvió al bufete del abogado.

—Señor, vengo á saber la respuesta que os habéis dignado ofrecermé para hoy día.

—¡Ah!, sí, señor, aquí la tenéis dijo Paillet, y tomando el expediente de su escritorio, se lo entregó al caballero.

—¡Cómo!, exclamó éste con tono que indicaba pesar y extrañeza; ¡me devolvéis mis papeles!; ¡rehusáis encargarme de mi litigio!

—Sin duda; vuestra causa es detestable.

—Pero, señor, tengo gran interés en que tal como es sea defendida. La solución poco me importa, y os prometo no hacerlos responsable del éxito.

—Perfectamente; pero ¿qué queréis que diga en un mal proceso?

—¿Qué es necesario decir?: Sería hacerlos

una injuria pretender siquiera insinuároslo, vos, señor, lo sabéis mejor que yo. Por otra parte, os aseguro que sabré apreciar vuestros servicios y espero me permitiréis daros desde luego un anticipo á cuenta de vuestros honorarios.

Y, diciendo esto, sacó del bolsillo diez billetes de á mil francos, y, colocándolos dentro del expediente, los puso en manos del abogado.

Este, sin alterarse y con cierta sonrisa, alzó los hombros.

El cliente se forjó entonces una dulce ilusión, pero su error fué de un momento.

M. Paillet dió vuelta al expediente en sus manos; después, con toda la finura de una delicada ironía dijo:

—¿Creéis, señor, que ahora haya mejorado vuestro proceso? Desengaños. Nada ha cambiado. Tomad todo esto... Ni siquiera puedo deciros: ¡que tengáis buen éxito en vuestro asunto, porque sería desear el triunfo de la injusticia.

Con esto, el caballero se retiró confundido de sorpresa, admiración y vergüenza.

¡Ojalá fueran tan íntegros é incorruptibles como M. Paillet todos los abogados!

X.

LA EXPOSICIÓN REGIONAL

Dos importantes sesiones, una de ellas el 7 y la otra el 11 del corriente, ha celebrado la Comisión organizadora.

En la primera se dió cuenta de la dimisión del secretario, D. Ricardo Sánchez Regadera, el cual alegaba sus muchas ocupaciones, y se acordó no aceptarla, reconociendo su aptitud para el cargo, que se le ha confiado; se habló de la adquisición de tambores para el batallón infantil, que va adelantando en la instrucción, merced á los trabajos de los encargados de la misma, la mayor parte de ellos obreros; y se nombró una comisión especial depositaria de fondos é interventora de cuentas, que quedó compuesta por los señores D. José Méndez, pre-D. Juan Requena, secretario, y D. Ramon Perez y D. Baldomero Sierra, vocales.

En la sesión segunda se examinaron y aprobaron las cuentas presentadas por la comisión del batallón infantil y se trató del armamento y uniforme del mismo; se habló de las inscripciones, que ya se han pedido, calculándose que puede contarse hasta la fecha con unos 150 cuadros, constandingo que concurrirán, aparte de los pintores, algunos escultores de fama y que habrá buen número de labores; parecieron bien dos oportunas indicaciones, que hizo D. Ramón Pérez Crespo: una respecto á que las obras, que hayan de representarse por los niños, para allegar fondos con destino á los gastos del batallón infantil, sean antes visadas por los dos sacerdotes que pertenecen á la Comisión y otra referente á que no se admitan pinturas, esculturas, ni fotografías ofensivas á la Moral, afirmando dicho señor Pérez Crespo y siguiéndole otros, que con esa condición y, en general, con la de que en todo lo concerniente á la Exposición y festejos, había de reinar completa moralidad, aceptó el formar parte de la Comisión.

A.

Selecta

PAN

Señores, que en el banquete á los perros arrojáis el pan como vil juguete, ¿no miráis temblar la extendida mano de ese anciano, que os pide muerto de afán: ¡pan! ¡pan! ¡pan!?

Damas sin tacha ni tilde, que comer el pan rehusáis, por ser un manjar humilde; ¿no miráis á esas miles de mujeres,

SECCIÓN DE ANUNCIOS

José Crego Hernández

ofrece á los señores sacerdotes un elegante y variado catálogo de cuantos trabajos de arte religioso se han ejecutado y se están ejecutando en su acreditado establecimiento de ebanistería: altares, retablos, sepulcros, andas, templetos, confesonarios, etc; el cual catálogo enviaremos gratis á los que le pidan.—Prontitud, esmero y economía.—Competencia en precios.—Va á domicilio á enterarse, si la obra lo requiere.—No dejar de consultar el catálogo.

JOSÉ CREGO HERNÁNDEZ.—NAVALMORAL DE LA MATA, PROVINCIA DE CÁCERES.

IMPERMEABLES "CHRISTIAN,"

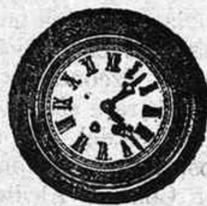
DE PAÑO SIN GOMA

En forma de carrick, gaban y trajes para caballero, y de gabanes ingleses y chaquetas para señora.

UNICO REPRESENTANTE EN LA PROVINCIA DE SALAMANCA:

D. JUAN BAUTISTA ZUÑIGA,

BÉJAR.



RELOJERÍA

DE

ENRIQUE JIMÉNEZ

Antigua casa de Venancio Muñoz de la Peña

¡ATENCIÓN!

Se acaba de recibir un gran surtido en relojes Extra planos, de acero y nikel y de las marcas Longines, Waltam, Omega, Talla y Pegasus.

Gran surtido en Despertadores de todas clases.

Esta casa garantiza todas sus ventas y composturas.

46, SÁNCHEZ OCAÑA, 46.

Disponible

L' UNIÓN



COMPANÍA ANÓNIMA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS

FUNDADA EL AÑO 1828

CAPITAL SOCIAL Y GARANTÍAS TOTALES 103.052.340 FRANCOS

Esta gran Compañía es la que mayor cartera posee de cuantas de su clase operan en España.

Los setenta y tres años de antigüedad de esta Compañía, su importantísimo capital y la enorme suma que lleva pagada por siniestros desde su fundación, que asciende á *doscientos cuarenta millones de pesetas*, la recomiendan al favor del público.

La persona que desee hacer algún seguro, puede entenderse con el Sub-director nombrado para los distritos de Plasencia, Hoyos, Sequeros y Béjar, D. Crisanto Rodríguez González, Plaza Mayor, núm. 1; Comercio.

¡FUMADORES!

FUMAD EL PAPEL "VICTORIA"

DE VENTA EN TODOS LOS ESTANCOS

SE VENDE

la casa número 10 de la calle de las Armas, y un panteón en el Cementerio de San Miguel, de esta ciudad.

Encargado de la venta: Procurador D. José Martín Cabaco.

MIEL BLANCA EXTREMEÑA

pura y sin tarro, extraída del panal, según los procedimientos modernos.

Se vende en la tienda de Ultramarinos de D. Juan Teixidor, Reinoso, 44, á 11 pesetas arroba y 0,50 libra.

CAFE

tostado en grano, con privilegio de invención por veinte años.

Este café está tostado por un nuevo procedimiento, con el cual conserva su aroma color y sabor.

La persona, que dude, de la bondad de este café, puede, antes de comprarle, pedir para una taza la cantidad correspondiente, que se le dará gratis, y, probándole, se convencerá.

Único depósito, para esta ciudad y su partido, casa de Lorenzo García Oviedo, Fábrica de chocolates, Sánchez Ocaña, 14, Béjar.

Disponible

Provincia de _____

Sr. D. _____
